

CAPÍTULO 2

Las preguntas vitales: sentido, ser y plenitud

“El alma madura cuando aprende a vivir con preguntas que no pueden cerrarse”

Hay preguntas que no se responden, se habitan. No buscan una frase final, sino una manera de estar en el mundo. Son las preguntas que han acompañado al ser humano desde su despertar de la mera supervivencia: ¿quién soy?, ¿qué es la realidad?, ¿qué sentido tiene vivir?, ¿qué es la muerte?, ¿qué es el sufrimiento?, ¿qué es lo divino?, ¿cómo sucede todo?

Cuando estas preguntas se abren, la vida deja de ser un simple trayecto biográfico para convertirse en una búsqueda de profundidad. No importa tanto “lo que me pasa”, sino cómo lo comprendo, cómo lo vivo, qué despierta en mí.

Las religiones dieron respuestas narrativas: mitos, parábolas, revelaciones. La filosofía dio respuestas conceptuales: categorías, argumentos, sistemas. La ciencia dio respuestas funcionales: modelos, leyes, predicciones.

Pero la experiencia humana no cabe por completo en ninguna de estas respuestas. Siempre queda un resto: algo que no puede ser explicado, pero sí puede ser reconocido.

La pregunta por el Ser —“¿qué es lo que realmente soy?”— tiene la potencia de desarmar las identidades que el mundo nos ofrece: nombre, género, profesión, rol social, historia personal. Todo eso es real, pero no agota lo que somos. Detrás de esas capas, algo permanece: la pura sensación de ser, la consciencia que atestigua, el silencio que escucha.

La pregunta por la realidad —“¿qué es lo que realmente existe?”— cuestiona nuestras percepciones y creencias: ¿es el mundo lo que veo?, ¿es mi mente un espejo fiable?, ¿hay algo más allá de la materia? Esta pregunta, cuando no se usa para huir del mundo, sino para comprenderlo, se convierte en camino de humildad.

La pregunta por el sufrimiento —“¿por qué duele vivir?”— no es solo psicológica. Es una pregunta ontológica y espiritual. Nos confronta con el hecho de que estamos expuestos: al dolor físico, al rechazo, al abandono, a la pérdida, a la muerte. Las tradiciones profundas no trivializan este dolor, pero tampoco lo absolutizan. Lo interpretan como contracción, como olvido, como separación aparente de una totalidad que nos sostiene.

La pregunta por la plenitud —“¿es posible vivir de manera plena?”— abre la dimensión de la realización. No se trata de acumular experiencias extraordinarias, sino de aprender a habitar la vida con autenticidad, lucidez y amor, aun en medio de la imperfección.

La pregunta por lo divino —“¿qué es eso que muchas tradiciones llaman Dios, Brahman, Tao, Vacío, ¿Unidad?”— es tal vez la más delicada. No para encontrar un concepto correcto, sino para distinguir entre la imagen mental que proyectamos y aquello que se manifiesta en la experiencia directa de apertura, presencia y amor sin objeto.

Finalmente, el “¿cómo sucede todo?” se puede percibir no como un mecanismo aislado ni como un azar sin sentido, sino como un despliegue continuo de la realidad que se expresa a través de leyes visibles e invisibles. La vida acontece como una danza entre consciencia, energía y forma, donde cada instante es fruto de múltiples causas que se entrelazan. Comprender esto no entrega control absoluto, pero sí una participación más lúcida en el fluir de la existencia.

Estas preguntas vitales son como puertas interiores. A veces las abrimos por curiosidad, otras por desesperación, otras por gracia. Lo importante no es contestarlas rápido, sino permitir que transformen nuestra manera de percibir la realidad.

Cuando una vida se articula en torno a estas preguntas, no se vuelve necesariamente más fácil, pero sí más significativa.

El conflicto deja de ser un enemigo absoluto y se vuelve maestro. La incertidumbre deja de ser amenaza y se vuelve espacio de libertad. La muerte deja de ser solo fin y se vuelve espejo de lo esencial.

No se trata de “tener respuestas espirituales” para cada pregunta, sino de aprender a vivir desde un lugar en el que, aun sin saberlo todo, algo en nosotros confía, escucha y se entrega al misterio.